

freno por los aires; no debe desprenderse á la ligera de la cadena dorada de su responsabilidad. Las alocuciones imperiales tienen siempre resultados imprevistos y dan á la política alemana un carácter contradictorio y agitado; sin embargo, cuando el emperador debería hablar, calla y no encuentra una palabra para Schiller. ¿Es porque tiene aversión al poeta proclamado ciudadano de la República francesa? ¿Qué nos importan el almirante Coligny y todas las momias del pasado, á quienes el emperador eleva monumentos y ensalza en pomposos discursos, ni qué nos importan esas fiestas cortesanas en que se pone por las nubes á escritores, músicos, pintores y escultores de un mérito discutible, que caen en el olvido mucho antes de morir? Federico Schiller sigue viviendo y sus gloriosas huellas quedarán marcadas mientras el pueblo alemán conserve su ideal religioso y estético.»



CAPITULO XII

Viajes oficiales del emperador. - Apuros de su servidumbre. - El tren imperial. - Viajes ilusorios. - Perpetua agitación del kaiser. - Utilidad de sus viajes. - Guillermo II, cazador. - Programa anual de las cacerías imperiales. - Amigos y cortesanos de Guillermo. - Castillos de la nobleza prusiana. - Partida de caza organizada en estos castillos en obsequio al emperador - El general Lehn-dorff. - Veladas que siguen á las cacerías. - Un ama de gobierno ejemplar. - Una pava histórica. - Influencia de los compañeros de caza de Guillermo.

La pasión de Guillermo^o II por los viajes nunca ha sido tan grande como al principio de su reinado, cuidadosamente fomentada por su primer mayordomo y segundo favorito (1) el conde de Liebenau. Durante los veintidós meses que éste ejerció su alto cargo palatino, es decir, de agosto de 1888 á mayo de 1890, sin contar las cacerías y excursiones de carácter particular, el kaiser visitó oficialmente, en una porción de viajes, Estokolmo, Copenhague, Francfort del Oder, Stuttgart, Mú-nich, Viena, Roma, Hamburgo, Leipzig, Breslau, Stetin, Buckenburgo, Oldenburgo, Wilhemshafen, Wei-

(1) Su primer favorito había sido el conde Herberto de Bismarck.

mar, Schwedt, Brunswick, Dresde, Osborna, Aldershot, Sandown-Bay, Carlsruhe, Strasburgo, Metz, Munster, Minden, Hanover, Schwerin, Atenas, Dessau, Darmstadt, Worms, Bresmen, Francfort del Main, Altenburgo y Koenigsberg.

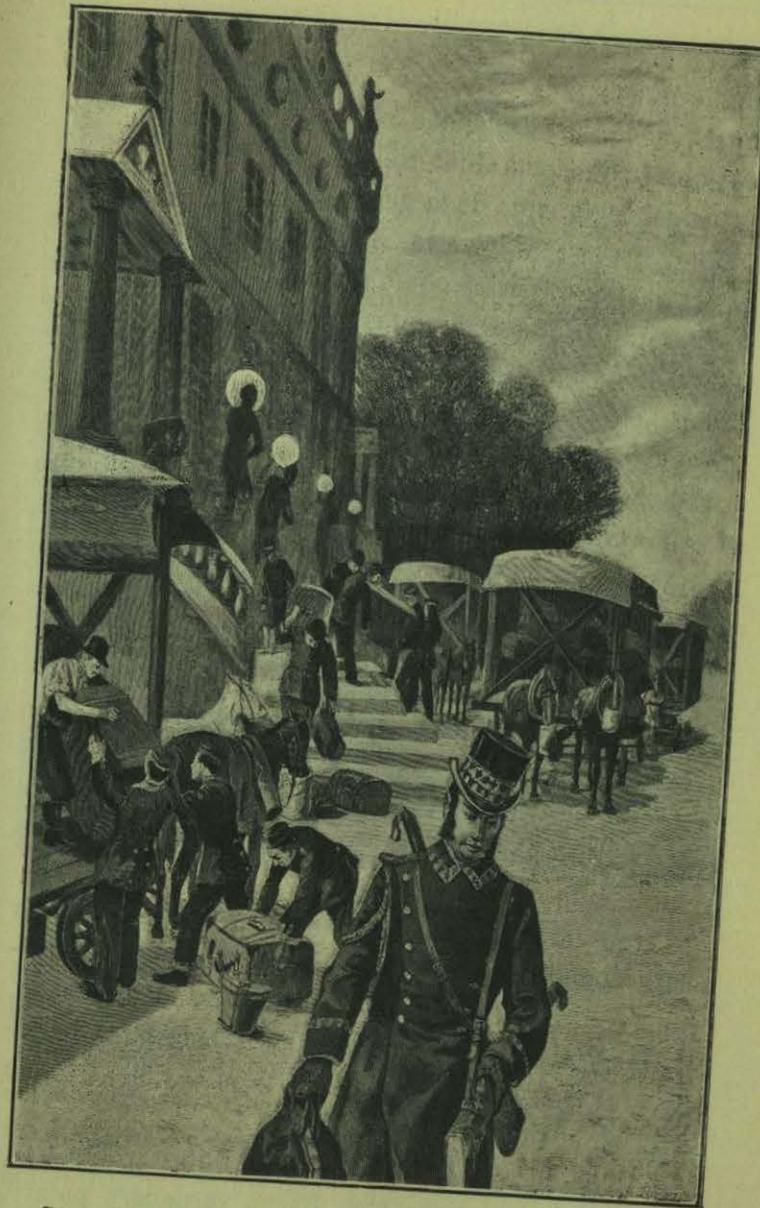
El zar Alejandro III solía decir que no conocía, en la historia, sino un soberano que, en eso de viajar, igualase á Guillermo II, y era Carlos XII de Suecia. Sin embargo, el emperador de Alemania no ha llegado al extremo de enviar, como Carlos, su bota á presidir, en su lugar, el Consejo de Estado.

Guillermo procura justificar con mil razones su movimiento continuo.

Según él, todos sus viajes obedecen á motivos de alta política. Pero la verdadera causa es su temperamento que no le permite estarse quieto en ninguna parte. Las personas de su séquito tienen siempre el equipaje preparado para ponerse en marcha al primer aviso.

Ayudantes de campo, secretarios civiles y militares, médicos, lacayos, tesoreros, sumilleres, aurigas, *grooms*, cocineros y demás servidumbre que acompaña á Su Majestad en sus viajes están tan acostumbrados á las marchas repentinas, que en menos de una hora se preparan á partir. Con frecuencia no reciben la orden hasta el último momento, y como el kaiser no habla á sus servidores más que con monosílabos, que no siempre pronuncia de un modo claro, y rogarle que repita sus órdenes sería cometer una grave falta contra la etiqueta, la servidumbre tiene que andar á tientas en la mayor parte de los casos.

Se tiene siempre secreto el destino del viaje, cuando se va á alguna población ó fortaleza lejana, á fin de



SERVIDUMBRE DEL EMPERADOR GUILLERMO II PREPARÁNDOSE
PARA UN VIAJE REPENTINO

causar sorpresa. Si el ayuda de cámara de servicio sospecha que el viaje tiene por objeto sorprender á una guarnición, su perplejidad es terrible, á causa de la costumbre que tiene Guillermo de vestir el uniforme del principal regimiento de la guarnición que visita. Y como hay que preparar varios uniformes y los hay, como el de caballería, por ejemplo, que se componen de catorce ó quince partes distintas, calcúlese el trabajo que costarán los preparativos de un viaje imperial. Por añadidura, el kaiser quiere siempre tener á mano ropa de paisano y trajes de caza.

El caballerizo mayor no se halla menos perplejo que el ayuda de cámara. ¿Hay que embarcar un caballo de infantería, de caballería ó de artillería? Porque Su Majestad monta caballos diferentes según el cuerpo de la tropa visitada. En la incertidumbre, se embarcan dos caballos de cada clase, sin contar los que se necesitan para el séquito y los carruajes del emperador.

Semejantes viajes ocasionan enormes gastos, pues aunque la mayor parte de los ferrocarriles pertenecen al Estado, el kaiser tiene que pagar sus transportes como un simple particular.

El tren imperial sale, casi siempre, á las diez de la noche. Cuando el emperador quiere levantarse más temprano que de costumbre, se parte antes. En este caso, Su Majestad se acuesta inmediatamente después de comer, y el tren marcha con la lentitud posible, á fin de no turbar el sueño del soberano.

Inútil es decir que el tren de Guillermo II, reúne todo el confort y lujo deseables. Es un verdadero palacio ambulante. Contiene salones, comedor, cuartos dormitorios con tocadores y baños, cocinas, despensas y cua-

dras. En cambio, nada se ha dispuesto en él para alojar á los criados, que deben dormir en sillas ó en el suelo.

De viaje, el kaiser toma, á las cinco de la mañana, y á veces más temprano, una taza de te, y luego su baño,



Guillermo II en su coche de paseo trasladándose de Postdam á Berlín

antes de proceder á su *toilette*. Terminada ésta, toma un desayuno sustancial y variado.

Restauradas así sus fuerzas, el emperador y su escolta montan á caballo, y, precedidos de clarines que tocan alegres marchas, galopan por la ciudad, despertando tropas y habitantes. Ya hemos visto la alarmante sorpresa dada á la guarnición de Posen en una de esas inesperadas visitas imperiales.

Es tal la manía de Guillermo por los viajes que, á veces, cuando no puede pretextar negocios de Estado ó no tiene nadie á quien visitar, se da la ilusión del viaje pasando la noche en su tren especial, guarecido en un apartadero de la estación de Wildpark, que dista cinco minutos del Palacio Nuevo. De esta manera puede, sin molestia, salir de madrugada para Berlín.

Á principios del verano de 1895, satisfacía con frecuencia esta manía singular. Una noche, la emperatriz le amenazó con invadir su nuevo domicilio extraconyugal. Esta amenaza coincidió con una formidable conspiración de los criados que, secretamente, habian enterado á los miembros de la oposición del Reichstag, á fin de que cualquiera de ellos interpelase al ministro de comunicaciones preguntándole con qué derecho el emperador se servía de un depósito público como habitación. Así esperaban impedir que Guillermo les obligase á pernoctar vestidos.

El Reichstag no tenía que intervenir para nada en esta cuestión. Pero no dejó de sorprender al público la noticia de que, cuando el emperador pasa la noche en la estación de Wildpark, se interrumpía el tráfico, á fin de no turbar el sueño de Su Majestad.

Más de cien funcionarios y obreros se pasan la noche en vela cuando al kaiser se le ocurre ocupar su vagón. Hay que guarecer los trenes de carga, disminuir la velocidad de los de viajeros, suprimir los toques de campana, timbres y silbatos, y la consecuencia de todo esto es la necesidad de duplicar el número de empleados á fin de evitar accidentes.

En fin, para dar una idea de la perpetua agitación de Guillermo II, basta decir que, según notas tomadas por

la condesa de Eppinghoven en su Diario, en solo un año, (agosto 1893-1894), el kaiser pasó ciento noventa y nueve días fuera de sus residencias oficiales; y de los ciento sesenta y seis días que pasó *oficialmente* en su casa, empleó sesenta y siete en cacerías ú otros ejercicios en los alrededores de Potsdam y de Berlín. Los noventa y nueve días restantes fueron invertidos en recepciones y revistas. Según los cálculos de la misma condesa, el número de millas recorridas por el kaiser durante el citado año de 1893-94, equivale á las tres cuartas partes de la circunferencia de la tierra.

Pero, ya lo hemos dicho, donde goza Guillermo plenamente de su embriaguez de movimiento y de espacio, es á bordo de su hermoso yate *Hohenzollern*, en sus cruceros por todos los mares de Europa.

Para responder á las críticas que le valía su excesiva afición á los viajes, el emperador dijo un día en una alocución que no carece de elocuencia:

«El que se ha visto solo, en alta mar, sobre el puente de un barco, bajo la claridad del firmamento; el que, por decirlo así, ha podido hacer su examen de conciencia y meditar seriamente sobre su obra y el objeto de su vida, no ha perdido el tiempo y no puede desconocer la utilidad de los viajes.»

Los del kaiser han tenido, al menos, una indiscutible ventaja; el *sport* náutico; se ha interesado por todo lo que afecta á la navegación, y es innegable que á él se debe, en gran parte, el rápido desarrollo de la marina alemana, como más adelante veremos.

Guillermo II no es sólo un *jachtman* distinguidísimo, sino que practica brillantemente casi todos los géneros de *sport*: nada, rema, juega á los bolos, tira á

las armas blancas y á las de fuego, siendo admirable su destreza en el manejo de la carabina ó de la escopeta con la sola mano disponible. Para llegar á poder sostener la riendas con la mano lisiada, montando á caballo, necesitó mucha paciencia; mas para poder cazar con sola la mano derecha, el aprendizaje fué largo y rudo.

Sin embargo, su deporte favorito, después del *yachting*, es la caza. Sirvese de una escopeta de modelo inglés, sumamente ligera. La lleva al hombro con la culata hacia atrás y, en el momento oportuno, con un rápido movimiento del brazo derecho, echa el arma hacia delante y tira con una puntería y una precisión extraordinarias.

Tiene mucho amor propio cuando caza en compañía de otras personas, y se irrita fácilmente si yerra el tiro. En cambio, de nada se vanagloria tanto como de sus proezas cinegéticas. Ha hecho exponer, en un gran patio del arsenal de Berlín, cuidadosamente rotulados con nombres y fechas todos los trofeos de sus cacerías.

En un tiro de pichón organizado en Spandau por varios oficiales, el emperador, de trece tiros acertó once y ganó dos marcos en las puestas. Metióse triunfalmente la ganancia en el bolsillo y dijo, con la mayor sencillez del mundo:

—Con esto ya tengo para comprar una buena torta á mis chiquillos.

En las cacerías, como en los cruceros, suele gastar buen humor, sin preocuparse mucho de la etiqueta.

Durante la época de la caza, frecuenta casi todos los castillos de Alemania. Á ejemplo de algunos de sus antepasados, le gusta pedir hospitalidad á sus súbditos,

así es que á menudo impone su costosa presencia á los miembros de la aristocracia y á los altos funcionarios de Potsdam y Berlín. El que ha invitado una vez al emperador está seguro de recibir, en la estación siguiente, una carta del mayordomo mayor de palacio anunciando que Su Majestad irá tal ó cual día á cazar en sus posesiones.

El programa anual de las cacerías del kaiser suele ser el siguiente:

Durante los primeros meses del año, con motivo de las fiestas de la corte, Su Majestad caza en compañía de muchos convidados, el faisán, la liebre y el jabalí en las cercanías de Berlín y de Potsdam, donde abundan extraordinariamente.

En abril, Guillermo ayuda á los grandes duques de Sajonia y de Baden á matar becasadas, ó á verlas cazar en las fincas de Hesse pertenecientes al conde de Schlitz. En mayo caza el jabalí en Prœckelwitz y en Schlobitten con el conde Dohna. Luego va á tirar á las perdices en las posesiones del conde de Finkenstein, en Madlitz, y de allí se va á la Styria, donde el emperador de Austria y á menudo uno de los numerosos archiduques ponen sus magníficos cotos á su disposición.

La caza del ciervo, en septiembre, llama al emperador á Rominton, en la Prusia oriental. Luego el soberano vuelve á las cercanías de Berlín, para abrir la caza del gamo en Schofeide, caza que continúa en muchos puntos del Imperio, ya en sus propios dominios, ya en las fincas de los opulentos barones de la banca y de la industria.

Va regularmente á Pless, á Wirschowitz, á Barby, á Liebenberg y á Neugattersleben; de los personajes á

quienes Guillermo honra con su visita, sólo dos pertenecen á su círculo íntimo: el conde de Dohna, cuya animación y buen humor regocijan á Su Majestad, y el conde de Eulenburg, cuya amable conversación le encanta. Éste es un verdadero favorito, en el sentido propio de la palabra, mientras que aquél y el chambelán von Huelsen son simples camaradas, que conocen perfectamente las manías y costumbres de Guillermo. Así es que, poco á poco, estos dos hombres han llegado á ser indispensables al emperador, tanto que, en cierto modo, forman parte de su equipaje, cuando va de cacería, de viaje ó de excursión, y la ausencia de estos compañeros le ocasionaría igual contrariedad que el olvido de los objetos indispensables para su *toilette*.

«Los cortesanos, dijo un día Guillermo, me son como los trajes que llevo, de una necesidad absoluta. Tienen su puesto fijo en mi círculo. Hombres como Eulenburg y Kiderlen son «pan y manteca» (es decir miel sobre hojuelas) para el placer.»

Raramente pasa el kaiser más de dos días en una cacería. Sin embargo, su primera visita le cuesta á su huésped unos cuarenta ó cincuenta mil marcos.

La mayor parte de los castillos de la nobleza prusiana son poco confortables y se hallan desprovistos de toda instalación higiénica. Por consiguiente, para recibir á Guillermo, á veces es necesario restaurar ó rehacer por completo ciertas habitaciones y proveerlas de agua, porque el kaiser no se contentaría con una instalación mediocre.

Si oye hablar de alguna posesión muy abundante en caza, en la cual su dueño ha organizado una batida, Guillermo se invita con la mayor franqueza, y el ma-

yordomo de palacio envía inmediatamente la lista de lo que á su amo le suelen preparar: un cuarto lo más parecido posible, en cuanto á dimensiones, al que ocupa en palacio, una cama de cobre, un colchón de clín, un enorme lavabo, cortinas ó portieres en todas las aber-



En la cacería de Rominton: Guillermo II contemplando los ciervos cazados

turas, y, sobre todo, un gran tocador provisto de varios aparatos de hidroterapia. La mayor parte de los nobles que tienen la honra de albergar un par de días á Su Majestad, trinan contra la innovación de estos aparatos, que destruyen la armonía de las habitaciones que han permanecido más de un siglo intactas.

Un señorón de la provincia de Prusia declaró que no se atrevería á ofrecer un baño al emperador, porque esto sería como suponer que su soberano era un hombre sucio. De lo cual se puede deducir, que para algu-

nos de esos grandes señores la visita imperial es más útil de lo que ellos creen, puesto que sirve al menos para introducir la limpieza en sus casas.

Pero la verdad es que las innovaciones hidroterápicas son lo que menos cuesta á esos nobles huéspedes de Guillermo II; el principal gasto es el ocasionado por la compra de muebles, alfombras y tapices para los cuartos, sobre todo si las visitas del kaiser se efectúan en invierno.

Un aristócrata de la Pomerania se quejaba en la corte de que la primera visita del emperador le había costado más de veinte mil marcos, por haber tenido que construir una carretera desde la estación del ferrocarril hasta su castillo. Á lo cual hubo quien le hizo observar que el hecho hablaba poco en su favor, pues era inconcebible que hasta entonces hubiese tenido su castillo sin comunicación cómoda con la vía férrea, y que, después de todo, las generaciones futuras se beneficiarían de la carretera cuando ya nadie se acordaría de la visita de Guillermo II.

Á veces, para que nada falte á la bienvenida del emperador, el ilustre aristócrata que tiene la honra de recibir su visita, obliga á los campesinos y colonos que de él dependen á lavar y repintar sus casas, y generalmente tiene él que correr con el gasto, además de proporcionar follaje, banderas, percalina y otros elementos para adornar las calles.

Si el kaiser viene con la intención de cazar, su huésped se ve precisado á alquilar las liebres, jabalíes y ciervos de las posesiones circunvecinas, ojeadores que los levanten y hagan pasar á sus cotos, y una infinidad de guardias para impedir que el venado, que tienda á

volver á los bosques de su procedencia, huya antes de la cacería imperial.

Guillermo II va siempre acompañado de unas veinte personas, entre alta servidumbre y amigos particulares, é igual número de criados. Para toda esta gente se necesitan caballos y carruajes, alojamiento cómodo y mesa abundante, pues la baja servidumbre imperial suele ser tanto más exigente cuanto que en palacio es tratada á baqueta y quiere desquitarse en casa ajena.

Las personas que reciben al emperador y á su comitiva procuran tratarlos con munificencia; encargan los mejores vinos y las mejores vituallas, y sustituyen, para el caso, sus cocineros familiares por maestros en el arte culinario, proporcionados por los grandes restaurantes de Berlín.

Si el kaiser está de buen humor y la caza ha sido abundante, y hace buen tiempo, y el baño estuvo bien instalado, y la cocina ha sido mejor que la de palacio, Su Majestad se despedirá de la señora de la casa dándole las gracias en estos términos:

—Noble señora, estoy muy satisfecho de su hospitalidad. Pero lo que más placer me ha causado ha sido el ver que me recibían sin salirse de lo ordinario, como á un verdadero amigo, con entera confianza.

En cambio, si la caza no ha sido á medida de su deseo, Guillermo pide bruscamente su coche y abandona el terreno para irse á acostar, lo cual sucede con bastante frecuencia. Su buen ó mal humor depende á menudo de un accidente cinegético. Por algunos conejos que dejó de matar, insultó sin motivo á un venerable exayudante de campo de su abuelo.

La anécdota merece ser conocida. En una cacería

que tuvo efecto en Neugattersleben, en 1895, el anciano general conde de Lehndorff no se separó del kaiser. Al hacer el recuento de las piezas muertas por cada uno de los cazadores, se vió que el emperador había matado doscientas diez y el conde Lehndorff cuarenta.

—Doscientas diez y cuarenta, hacen la cuarta parte de mil; cuenta real para un mal día—declaró Guillermo de muy mal humor.

Y añadió:

¡Confundido sea el impudente que osó tirar al alcance de mi escopeta!

Á este insulto, Lehndorff irguió la cabeza y contestó con dignidad:

—El que entregó á Guillermo I la famosa petición que le hacía emperador de Alemania (1), está por cima de semejante insulto. Por lo demás no voy á querellarme con el nieto del rey al lado del cual combatí en tres guerras victoriosas y cerca de quien me encontraba cuando exhaló el último suspiro.

Después de un saludo muy tieso, y de breves excusas al dueño de la casa, Herr von Alvensleben, el veterano general se retiró. Desde aquel día, el ayudante de campo que fué de Guillermo I ha evitado siempre el encontrarse con el que tan cruel é inútilmente le lastimó.

Pero si Guillermo II se muestra á veces caprichoso, extravagante y desagradable, sabe ser también un compañero amable y delicioso. Si la caza le pone de buen humor, habla afablemente con todo el mundo, y por la noche, para animar la reunión, canta, juega al billar, ó

(1) En Versalles, el 18 de diciembre de 1870, fué Lehndorff el que entregó á Guillermo la petición del Reichstag de la Confederación de la Alemania del Norte, rogándole que aceptase la corona imperial.

toma parte en una partida de *poker* (1), con la condición de que las puestas no pasen de un fenique.

Si ha matado mucha caza y el anfitrión le ha servido una comida á su gusto, durante la velada pide generalmente su cartera de fotografías, pone en cada una la fecha, algunas palabras recordatorias y la firma, y las distribuye luego entre los convidados.

En Barby, propiedad del consejero von Dietze adonde va anualmente, el emperador se muestra satisfecho de la caza y de la mesa. Allí nunca deja de pronunciar su famoso discursito de gracias sobre la manera franca de recibirlo «sin salirse de lo ordinario», aunque estas visitas cuestan cada vez más caras al viejo consejero. Afortunadamente la señora de Dietze es un modelo de ama de gobierno, que sabe limitar los gastos.

En 1896, sucedió que, durante el almuerzo, al ofrecer von Dietze un vino francés de marca al emperador, su mujer le quitó la botella de la mano diciendo:

—¡No, no, todavía no!

Y como el noble anfitrión se la quedase mirando, desconcertado, añadió:

—Tenemos vino espumoso alemán á todo pasto; los vinos franceses son para los postres.

En todas las comidas cinegéticas de Barby, la pieza de resistencia es una pava asada, por la que Guillermo se vuelve loco. Durante la misma comida en que ocurrió el incidente de la botella, el emperador, deseoso de tranquilizar á von Dietze, dijo á su mayordomo que se encontraba al otro lado de la mesa:

—Egloffstein, ¿cómo haría yo para comer en mi casa una pava tan exquisita?

(1) Juego de naipes.

Á estas palabras, el mayordomo se levantó inclinándose ante la señora de Dietze, que estaba sentada á la derecha del emperador y dijo:

—Sería menester que las pavas de Vuestra Majestad estuviesen tan bien cuidadas y nutridas como las de la señora Amtsrathin.

La salida hizo reír á todo el mundo, y Guillermo continuó:

—Pero yo no puedo pedir á la señora que cuide de mi gallinero; de modo que la cuestión queda por resolver.

—Entonces, concluyó amablemente la señora de Dietze, permítame Su Majestad que le envíe una pava por Año Nuevo.

El ofrecimiento fué aceptado, y el ave llegó oportunamente, pero, ¡ay!, aunque algo menos dura que las que se solían comer en palacio, fué inferior á las que el kaiser comía en casa de von Dietze. Guillermo mandó decir al jefe de su cocina que estaba muy descontento, que en las casas donde guisan mujeres comía mejor que en palacio, y que si volvían á salirle mal sus platos favoritos, pondría cocineras en vez de cocineros.

Aquella misma noche, el mayordomo de la Casa real von Lynker escribió al consejero refiriéndole la decepción causada por la famosa pava. La señora de Dietze prometió enviar otra mejor, y desde aquel día empezó á cebar la más hermosa de su corral. Cuando la consideró á punto, mandóla á Berlín por su propia cocinera, encargada de prepararla en persona.

El emperador y la emperatriz, sus hijos, toda la corte fué á la cocina á ver asar la pava. Delante de todo el mundo, la cocinera explicó la manera de proceder á esta operación con éxito seguro. Y efectivamente, esta

vez el ave resultó exquisita. Desde el primer bocado, el emperador se mostró muy satisfecho y estuvo de excelente humor durante toda la comida.

Si es difícil de contentar en casa ajena, el kaiser recibe en cambio con excesiva sencillez á sus convidados



El príncipe Rodolfo de Austria

en sus sitios reales ó pabellones de caza. Se suprime el almuerzo. Únicamente hay el desayuno, la merienda y la comida. En ésta las chuletas y los *bifteks* sustituyen á los asados y se sirve cerveza en lugar de vino, y ponche en vez de champaña.

El público atribuye generalmente una grande influencia á los compañeros de caza de Guillermo, y esa creencia nace, sobre todo, de la privanza extraordinaria que tuvo, en un momento dado, el conde Felipe Eulenburg